

País portátil, memorias e identidades

Todo esfuerzo por explorar nuestras identidades y nuestra memoria histórica, debe cimentarse en algo tan esencial como el rescate, la conservación y la proyección de nuestro patrimonio cultural e histórico puesto que, a través de él, nos aproximamos al mundo simbólico de las representaciones de las comunidades y de las apropiaciones que estas hacen de ese patrimonio. El Museo de la Palabra y la Imagen lleva a cabo esta tarea, bajo dos ejes, la participación de las comunidades, en la indagación de sus raíces culturales y en la fijación de sus propias memorias, y la autogestión, que permita afrontar las tareas de conservación de las colecciones que conforman el archivo.

Las colecciones tienen dos orígenes, el archivo que conformamos, en los once años transcurridos en las montañas de Morazán, durante la guerra, cuyo desenlace negociado, permitió abrir los espacios políticos, sin los cuales sería impensable el trabajo de la memoria que hacemos por todo el país. Esta colección está constituida por un amplio archivo audiovisual sobre la guerra civil de los ochenta, el cual reúne alrededor de treinta mil fotografías, miles de películas, manuscritos y objetos, con los cuales hemos producido la exposición "De la guerra a la paz", que recorre los centros educativos del país. La segunda fuente de nuestras colecciones se origina en la respuesta de la sociedad a la campaña emprendida en 1996, "Contra el caos de la desmemoria". La respuesta fue abrumadora, se tradujo en la donación o préstamo de numerosos documentos sobre nuestra historia cultural, los cuales estaban en peligro de desaparecer para siempre.

1. Memoria y reparación

El trabajo editorial del Museo de la Palabra y la Imagen comenzó con la publicación del libro testimonial *Luciérnagas en El Mozote*, el cual trata sobre la masacre de mil campesinos de Morazán, ejecutada en 1981. Durante años, el gobierno de Reagan trató de ocultar el hecho, de borrar de la historia, e intentó un asesinato de la memoria. De la misma manera, Simón Whiesenthal relata que los oficiales nazis decían a sus víctimas, "ninguno de ustedes quedara para dar testimonio, pero si alguno se salvara, el mundo no les creará...". Por eso, la primera iniciativa pública del Museo fue la publicación de este libro. Era un enfrentamiento con un pasado que se había tratado de ocultar y suprimir de la historia. Es mucho más difícil recordar el pasado suprimido que los sucesos olvidados. *Luciérnagas en el Mozote* se ha convertido en una lectura obligada, en colegios y universidades. Hace poco salió su sexta edición.

Otro esfuerzo que ha creado espacios extraordinarios para la memoria y la reparación es el del Comité pro monumento a las víctimas civiles de violaciones de los derechos humanos. Gracias a él se erigió, en el parque Cuscatlán, un memorial con los miles de nombres de salvadoreñas y salvadoreños asesinados o desaparecidos. Fue un acto de justicia y reparación moral, tal como lo contemplan las recomendaciones que la Comisión de la Verdad hizo al Estado y a los firmantes de los acuerdos de paz, una recomendación que no cumplieron y que solo fue posible por este esfuerzo de la sociedad civil. Un memorial que, año tras año,

convoca a los familiares de las víctimas y a una parte de la sociedad a reencontrarse con los secuestrados y los asesinados. Jamás se supo donde quedaron muchos de sus restos. Antes de que el monumento fuera levantado, el 2 de noviembre, sus madres no tenían a donde enflorar su recuerdo y procesar su luto.

El Museo, junto a las comunidades de Morazán, tiene entre sus proyectos realizar un memorial, dedicado a los combatientes caídos, en el pasado conflicto. Será un memorial para los combatientes de los dos bandos, olvidados por muchos, aunque ellos son los verdaderos protagonistas de los cambios, consignados en nuestra historia contemporánea.

2. Memoria, literatura y país portátil

Dada la estrecha relación existente entre la literatura y los ámbitos de las identidades y las memorias, la cual, según Benedict Anderson, contribuye mucho a la formación de comunidades imaginadas, emprendimos una investigación, cuyo resultado fue la exposición documental "Roque Dalton, la palabra del volcán". Este esfuerzo se inició con la recolección de la obra del poeta, dispersa en los baúles de sus amigos y familiares, e incluyó la repatriación de su archivo personal, el cual se encontraba en México, donde estaba en peligro de desaparecer. La obra de Roque Dalton nos permitió hallazgos de las huellas intangibles de nuestras identidades. Encontramos que Roque es un espejo, donde nos imaginamos a nosotros mismos, en su narrativa y sus versos, en el humor cáustico, que de la tragedia hace carcajada, en su lenguaje, el mismo que encontramos en las calles, los mercados y los buses, en sus poemas que nos hablan sobre nuestra alma nacional, y sobre nuestra memoria, en su nicho de dolor, violencia y contradicción. Como nadie, Roque dibujó el país secuestrado y el país portátil, que todos llevamos dentro, unos para usufructo y otros para construirlo en la desconocida equidad. En su archivo personal se encuentran las cartas a la madre, los ensayos, los altos versos, los panfletos, la rabia y la ternura, y también el país imaginado por muchos.

Y es que cuando, en un manuscrito, en una fotografía, en un relato oral, se hace presente eso que llamamos la conciencia histórica, cuando un poema o una novela rescribe la historia de personajes anónimos y de sus vidas privadas torcidas por la historia colectiva, se hace presente la historia desde abajo, la cual aflora de los substratos del olvido; es la microhistoria, que nos proporciona

temas y personajes fundamentales para comprendernos y para re-imaginarnos, para reinventarnos. Como en nuestra literatura se atesoran las llaves extraviadas de la memoria y se encuentran los resquicios de nuestras identidades, proseguimos con la intención de aproximarnos a archivos personales de pensadores y escritores. Trabajamos a Masferrer, Geoffray Rivas, Claudia Lars y María de Baratta. Cuando tratamos de buscar manuscritos de Francisco Gavidia, encontramos que algunos habían sido extraviados o destruidos, en una dependencia pública. Cuando indagamos sobre el paradero del valioso archivo personal de Salarrué, nos horrorizamos al encontrarlo en la antigua casa presidencial de San Jacinto, solitario y triste, atacado por las polillas. De allí lo extrajimos, gracias a la donación de la Fundación Salarrué.

Tocamos puertas para esta acción de rescate documental, pero no se nos abrió ninguna. A pesar de que no pudimos obtener el apoyo de la banca ni tampoco del Estado, para adquirir materiales de conservación y mobiliario contra incendios, hemos avanzado en el proceso de conservación de este tesoro nacional, conformado por los manuscritos de las novelas, los cuentos, los poemas, las obras de teatro y los ensayos de nuestro artista más importante del siglo XX. Asimismo, estamos catalogando, restaurando y conservando algunas de sus pinturas, esculturas y objetos personales. Ya vencimos a las polillas y, por lo tanto, la valiosa biblioteca del maestro se encuentra a disposición del público. Preparamos así una exposición, en el Museo de Arte Moderno (MARTE), sobre la vida y la obra de "el más grande escritor centroamericano", según lo llamó *Los Angeles Times* recientemente.

Hemos abierto esta colección a investigadores nacionales y extranjeros, y ya tenemos los primeros frutos. Las obras de Salarrué serán publicadas en España. De Europa y Estados Unidos recibimos constantes peticiones de investigadores interesados en el maestro.

El Museo de la Palabra y la Imagen publicará este año el libro "Sagatara mío", estamos trabajando con Janet Gold. El libro reproducirá poemas inéditos que nos muestran a un Salarrué en lucha contra sus fantasmas; al hombre enamorado, al personaje de carne y hueso, que se desnuda en las cartas de amor que intercambiaba con Leonora Nicholson, en sus años neoyorquinos. Todos estos archivos están a la disposición de los estudiantes y los investigadores, convencidos de que Salarrué es

pieza vital para la construcción del país que nos imaginamos.

3. Intrahistoria, género y memoria

Encontramos el término intrahistoria, en un texto de Miguel de Unamuno, donde el pensador español sostiene que aquellos que los periódicos cuentan a diario, "el presente momento histórico", no es si no la superficie del mar, una superficie que se hiela y cristaliza, en los libros y los registros escritos. Decía Unamuno que los periódicos nada dicen de la vida silenciosa de los millones de hombres y mujeres sin historia, dedicados a largas horas de trabajo bajo el sol, en una vida intrahistórica, silenciosa y continua como el fondo del mar. Aunque Unamuno utilizó el término intrahistoria, no lo trabajó para darle una definición más precisa, lo relacionó con un concepto muy personal de tradición. Nosotros nos lo hemos apropiado para, de alguna manera, dar nombre a un criterio para escoger los temas y los personajes de la investigación, que, por lo general, son sugeridos por las comunidades con las cuales trabaja el Museo de la Palabra y la Imagen.

Esta visión nos ha llevado a escaparnos de los territorios de la ortodoxia de la investigación histórica y a apartarnos del paradigma tradicional para incursionar otras formas de hacer historia, de establecer otras causalidades y versiones. En ese intento, nos planteamos reconsiderar la historiografía como disciplina, que toma en cuenta la historia de las mujeres, no como un elemento decorativo, de moda, o con *sex appeal* para atraer fondos de la cooperación, sino como la enmienda de una historia fragmentada y excluyente. De la misma manera, como Anderson enfatiza la importancia de los documentos escritos, en la conformación de las identidades, nosotros insistimos en dar espacio a la historia conservada por las comunidades, donde existe un alto grado de analfabetismo. Nos interesa la historia contenida en la palabra hablada, en la imagen, en el maíz que comemos, la historia contenida en la destrucción de los bosques y en aquello que se construye en sus cenizas. Nos interesa la historia contenida en los seres y en las comunidades anónimas, una historia desde abajo. Nos interesa la minuciosidad de la historia que, muchas veces, nos da más explicaciones de las causalidades que las que nos proporciona la historia con olor a moho, de monumentos de bronce y de discursos laudatorios.



La exploración, desde esta visión intrahistórica, nos ha llevado a investigar a las mujeres, invisibles en los naufragios de los ocultamientos y olvidos. Así, nos dedicamos a investigar a Prudencia Ayala, una mujer tres veces excluida o vilipendiada por la historia oficial, excluida por indígena, excluida por madre soltera y excluida por ser mujer. Logramos rescatar sus archivos personales y, en la actualidad, por los caminos salvadoreños, en nuestras exposiciones itinerantes, mostramos a este personaje que, en la sociedad machista de los años treinta, bastón en ristre, se lanzó como candidata a la presidencia del país, en desafío a una sociedad que le negaba a la mujer el voto y la posibilidad para optar a cargos públicos. Esta iniciativa al reconocimiento social de esta extraordinaria mujer, no solo en una pequeña plaza cerca de la catedral, no solo en el nombre de la calle principal de Sonzacate, sino que también en el conocimiento de las nuevas generaciones, las cuales tienen acceso a ella a través de la exposición itinerante.

Aparte de revalorizar el legado de mujeres no tan invisibles como María de Baratta y Claudia Lars, sustraemos del olvido la vida y el temple de

mujeres como Amparo Casamalhuapa, quien, en 1939, en la plaza central de la capital, en un valiente discurso, fue la única voz que denunció en público la ausencia de libertades y la corrupción de los funcionarios. Todo ello lo hizo en medio de una tiranía, la cual comenzó a perseguirla de inmediato con la instrucción de un juicio militar. En estas mujeres se encuentran referentes puntuales de nuestras identidades.

4. Memoria, identidad, terremotos y “paramientrismo”

Después de los dos terremotos, que inauguraron el siglo, mientras sobrevolábamos la cordillera del bálsamo, en un helicóptero de la solidaridad venezolana, al ver en el horizonte las montañas con heridas cataclísmicas, nos preguntábamos por la respuesta que el Museo podría dar a esa coyuntura de tragedia y dolor. Así, exploramos el tema, a partir de los fenómenos naturales de nuestra historia y comenzamos a preguntarnos por el impacto de las inundaciones, los continuos terremotos y hasta del *tsunami*, que azotó nuestras costas occidentales en 1902, en los salvadoreños y las salvadoreñas. Este esfuerzo nos permitió atesorar una colección de imágenes, documentos y objetos, que convertimos en la exposición *Kab rakan* (la furia de los dioses), nombre de un personaje mítico del *Popol Vhu*. La exposición que, en la actualidad, recorre los caminos del país, nos recuerda que ante la realidad sísmica nacional no podemos seguir con planes de prevención y planificación estratégica, basados en “la filosofía del paramientrismo”, es decir, planes “para mientras”, los cuales se convierten en realidades para siempre. Del terremoto de 1986 todavía hay construcciones de plástico y zinc, de las cuales se dijo que eran “para mientras”.

Ese sino que nos ha tocado vivir, construir y volver a construir lo que se vuelve a destruir, por los seísmos o la violencia, ese tejer y destejer, que nos impone esa realidad sísmica, nos entrega claves importantes de ese proceso dinámico de la construcción de las identidades.

5. Memoria y acción social

Al investigar el levantamiento y el etnocidio de 1932, hemos constatado la importancia de la memoria oral, en la configuración de esas identidades. Los testimonios orales, contrastados con los documentos escritos, nos han permitido aproximarnos a

este suceso fundacional de la sociedad salvadoreña de siglo XX. Durante cuatro años nos adentramos en los cantones del occidente y centro de El Salvador, en busca de la memoria colectiva de los sobrevivientes de la masacre de miles de indígenas, durante el régimen del general Hernández Martínez.

La captación de la memoria oral de los sobrevivientes de la masacre fue tarea difícil, debido a la cultura del terror, originada por la matanza. Durante setenta años, esta cultura ha hecho que las comunidades solo hablaran del tema, en la intimidad del seno familiar. Con esa memoria oral rescatada, realizamos el largometraje documental “1932 cicatriz de la memoria”, un audiovisual que ha sido visto por decenas de miles de espectadores en todo el país. Ha sido un producto más, que se integra a nuestra línea de memoria y acción social, la cual abre a las comunidades la posibilidad de apropiarse de estos materiales para reflexionar sobre sus identidades y sobre la fijación de las memorias comunales, en el contexto de sus esfuerzos por conquistar reivindicaciones locales y para acompañarlas en posibles proyectos de desarrollo local.

El sábado 22 de enero de 2005 conmemoramos, en Izalco, el 73 aniversario del levantamiento indígena de 1932. Las comunidades campesinas de occidente crearon su espacio para conmemorar, para elaborar imaginarios de sincretismo particular, para presentar sus testimonios, sus demandas, para tejer alianzas, en un contexto de rivalidades locales, para re-encontrarse con sus historias marginales y, de paso, para colocar una placa conmemorativa de las víctimas del genocidio del 32, en un acto de reparación moral, construido desde abajo, desde los excluidos. Fue un acto que nos recuerda la deuda moral del Estado con el reconocimiento del genocidio y con la reparación moral de la memoria de los miles de fusilados en los caminos. La deuda de los partidos políticos con la rectificación de la manipulación y las ocultaciones de los hechos de 1932, en beneficio de sus intereses políticos. La deuda que tiene la sociedad entera con la discriminación y la ocultación de estas comunidades.

Y hablando de deudas, tenemos que mencionar la responsabilidad de las universidades, los centros culturales, la sociedad civil y el mismo Estado, al no hacer mayores esfuerzos para abrir espacios, en los cuales las memorias de las comunidades puedan proyectarse, y para conservar nuestro patrimonio cultural intangible.

En estos trabajos de la memoria del Museo, hemos constatado el interés de las comunidades por fijar sus memorias, pues tienen conciencia de que la historia no es solo patrimonio de quienes gobiernan el mundo, de los generales que ven el planeta en mapas estratégicos, donde la muerte se convierte en estadísticas. Las comunidades nos han enseñado que la historia no es patrimonio exclusivo de los investigadores, inclinados sobre montañas de documentos oficiales. Y es que desde las concepciones contemporáneas de la disciplina historiográfica, hay apertura a otras visiones de lo histórico. La historia quiere ser también de los sin nombre, pertenecer a los "otros", a quienes la padecen, asomados tras las sombras, en un limbo anónimo e invisible.

Y ese emerger de las sombras, lo están logrando algunas comunidades, las cuales abren las compuertas de la memoria, para reforzar las identidades dinámicas, en transformación constante, para reafirmar su voluntad de seguir imaginando y construyendo el país que queremos, para resistir la globalización de las conciencias y los fundamentalismos posmodernos.

En febrero, el Museo de la Palabra y la Imagen mostró, en una exposición, en la parroquia de San Antonio Abad, manuscritos de los siglos XIX y

XX, máscaras y trajes de historiantes, en la conmemoración del centenario de la Sociedad San Antonio Abad. La exposición es fruto del esfuerzo de jóvenes empeñados en no dejar morir los elementos culturales locales, en concreto, la sorprendente universalidad de la expresión del teatro popular, que pervive en ese pueblito que ya quedó envuelto en la ciudad capital. Es la memoria y la identidad que mueve a los jóvenes a la acción social. Hubo flauta y tambor, hubo jóvenes danzantes, vestidos de memoria y de orgullo, mientras los cohetes estallaban, en la noche de San Salvador. Eran cohetes lanzados por las manos de los muchachos de San Antonio Abad, que se alzaron hacia los cielos, para trazar las fronteras imaginarias de una comunidad, una isla en medio de la ciudad, que se niega a morir, que resiste el tsunami invasor de los gigantes centros del consumo, los cuales nos ofrecen una copia de Miami, que planta cemento y palmeras importadas, donde antes había bosques y pájaros ancestrales.

En medio de la oscuridad, la pólvora de los cohetes, nos dibujaron al país imaginado, el país portátil, que nos convoca con urgencia.

CARLOS HENRÍQUEZ CONSALVI
Director de El Museo de la Palabra y la Imagen

